

cló en el paraíso» —anuncia Andrade en forma metafórica— es decir, el país de «ninguna parte» con que se explica etimológicamente utopía, existe en realidad. Por lo tanto, el problema de la realización de la utopía no es una cuestión de «espacio», sino de «tiempo». El autor de *A marcha* es formal: «Las utopías son una consecuencia del descubrimiento del Nuevo Mundo y, sobre todo, del descubrimiento del “hombre nuevo”, del hombre diferente que han descubierto en América»¹¹. Un hombre y una mujer que se unen apenas se encuentran.

Brasil como «utopía realizada»

El mestizaje, la *miscigenação* que inaugura la edad de los descubrimientos, es el punto culminante de la utopía en el siglo XVI. Herederos de la apertura étnica y cultural de los árabes, los pueblos ibéricos, exogámicos por excelencia, se mestizan generosamente en América, lejos del racismo que, según Andrade, practican los judíos al creerse un «pueblo elegido» o los protestantes al negarse al mestizaje desde el sistema endógamo cerrado de su religión exclusivista y autosuficiente. A diferencia de la América sajona, América latina es ejemplo de «transculturación» y Brasil su campeona, por lo cual sentencia: «Somos la utopía realizada» (p. 153).

En realidad y pese a su entusiasmo, la utopía de Brasil no *es todavía*. La utopía *será*, «latencia» y «todavía-no-posible», al decir de Ernst Bloch. Brasil necesita de la identificación y consolidación de «los perdidos contornos psíquicos, morales e históricos del país» (p. 153). Ésta es, en realidad, la verdadera «marcha» de las utopías, cuyos jalones hay que remontar en el tiempo, hasta el momento del descubrimiento.

La «marcha de la utopía» de Brasil se origina en Lisboa, «una ciudad bárbara donde se mezcla la más bella humanidad de la tierra» (p. 155), de donde parten los marinos «mozárabes» que colonizan la tierra del futuro. Movilizados por el impulso exógeno, cuyos rumbos erráticos ya estaban fatalmente trazados en el océano Atlántico por las islas del imaginario medieval —Antilia, Brazil, islas Afortunadas, isla de la Pomona, isla de San Brandán— los mestizados portugueses concretan en el Nuevo Mundo un viejo sueño europeo.

Sin embargo, si la utopía de Brasil todavía «no es», lo será pronto en la optimista visión de otros autores. A fines del siglo XX —afirma convencido en 1951 ante la Asamblea de las Naciones Unidas, el ensayista brasileño Osvaldo Aranha— «Brasil será uno de los grandes líderes» del mundo y dará a un «nuevo orden humano contribuciones materiales y espirituales

¹¹ A marcha das Utopias, incluido en el Vol. VI de Obras Completas de Oswald de Andrade, *Civilização Brasileira*, Rio de Janeiro, 1978 (pp. 147-200), p. 149. Las referencias de notas sucesivas a las páginas de esta obra, corresponden a esta edición.

que no podrán ser superadas por otros pueblos, incluso los que parecen hoy los más avanzados» (p. 151).

Y lo será, por ser el Brasil heredero y producto de la condición exógena del pueblo árabe, del catolicismo de sentimientos órficos, de las virtudes de la contrarreforma, de la «plasticidad política» de los jesuitas apostando a favor del eclecticismo y la comunicación humana y religiosa. Y lo será, también, por vivir lejos del concepto árido y deshumanizado de la Reforma que rige el destino de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos y del utilitarismo mercenario y mecánico del Norte, movilizándolo los estímulos de técnicas y una idea calvinista del progreso basada en la desigualdad entre los hombres.

En este esquema se resumen dos civilizaciones diferentes. Para Oswald de Andrade la utopía de América es «el triunfo del ocio sobre el negocio». Brasil como utopía supone la idea del «bárbaro primitivo tecnificado» liberado del «patriarcado capitalista del trabajo», viviendo en el ocio del matriarcado del Pindorama.

Un modelo utópico que puede rastrearse en sus obras anteriores. Por lo pronto, en el manifiesto *Pau Brasil* (1924) que, aun siendo esencialmente poético, consagra el principio de «lo bárbaro es nuestro». También puede reconocerse en el manifiesto de *Antropofagia* (1928), más revolucionario y social, donde, a partir de la parodiada duda hamletiana de «Tupí or not tupí», anuncia la utopía del «Matriarcado de Pindorama», basada en el «vivir según la naturaleza» de la isla de la utopía de Moro que, en realidad, ya existe entre los indios americanos. Una utopía que desarrolla posteriormente en los ensayos más filosóficos de *A arcadia e a inconfidencia* (1944), en *A crise da filosofia messianica* (1950) y, sobre todo, en *A marcha das utopías* (1953).

El pathos órfico del humanismo utópico

Pero, ¿en qué consiste, precisamente, la utopía del ocio? Hasta fines de la Edad Media —recuerda Andrade— el ocio era un respetable privilegio de clase. Nobles y prelados hacían del ocio una virtud que la naciente burguesía condenó, ensalzando los méritos del esfuerzo y el trabajo. «Perder el tiempo», «ganar tiempo», pasaron a ser mediciones estrictas en función de las cuales se definen concepciones diferentes de la vida.

Mientras el norte de Europa se concentra en «contar» y «ganar tiempo» y hace del trabajo una prioridad, gracias a la cual el reloj inaugura la civilización de las máquinas, el sur —Portugal, España e Italia— más ima-

ginativo y «exógeno», se lanza a cruzar el océano Atlántico, el que había sido hasta ese entonces el horizonte de la utopía.

Pero no todas las utopías son idénticas. Mientras Moro ensalza el igualitarismo y hace del trabajo activo un verdadero «evangelio» del sistema que propugna en *Utopía*, Andrade prefiere las utopías que subyacen en el humanismo de Rabelais, Cervantes y Erasmo y, más tarde, en Montaigne y en Rousseau. A diferencia del racionalismo reglamentado y rígido de Moro que sigue la línea de la división estricta de clases y funciones, al modo de *La República* de Platón o de *La Política* de Aristóteles, el humanismo renacentista que inspira las utopías que se reconocen en América, es el resultado del «*pathos* órfico» y «existencial» de un hombre libre, cuyos horizontes se han ampliado considerablemente.

El goce de los sentidos, la dimensión irracional que nutre el sugestivo mundo de la creación, de la «locura» que elogia Erasmo, del grito de Pantagruel al nacer *A boire! A boire!*, hacen del entusiasmo vital una línea más importante que la «razón pura». Andrade invoca los méritos de esa línea literaria que desemboca en pleno siglo XX en la utopía *Ubu Rey* de Alfred Jarry.

Sin embargo, en la apuesta del autor de *A marcha das utopías*, no debe confundirse el humanismo con el espíritu renacentista. En el marco del Renacimiento se recupera el pasado de la Edad Clásica, pero la Grecia que surge de esa relectura está deformada y es inauténtica. Rígida y marmórea, la Grecia del Renacimiento está lejos de la visión órfica y dionisiaca que Andrade reivindica para el verdadero humanismo que mira hacia el futuro, «siguiendo la marcha de las propias utopías».

El humanismo aporta al Nuevo Mundo la esperanza de una vida mejor. El humanismo crea el Derecho Natural que consagra los derechos del *otro* y sirve de base para las sucesivas utopías cristianas que se experimentan en América en el siglo XVI. Ese humanismo llega hasta nuestros días y Oswald de Andrade no duda en calificar la tradición revolucionaria de la utopía del siglo XX como su mejor expresión.

En esta «marcha» se van sumando otras experiencias: las de la revolución francesa, las de las revoluciones de 1848, la revolución de Octubre de 1917 y la lucha antifascista de los años treinta y cuarenta. A medida que Andrade incorpora nuevas voces a su *Marcha de las utopías*, al punto de transformarla en una verdadera cabalgata, parece irse alejando de la simple utopía americana de los orígenes, aquella que surge en el momento del descubrimiento del Nuevo Mundo como un desmentido paradisíaco a la cultura europea.

Por ello, al final de su ensayo, intenta recuperar la esencia de su propuesta inicial: Brasil ha sido una profecía en el horizonte utópico del ocio, porque si bien el paisaje tropical se urbaniza y se «utopiza» en la novedad

de la tecnología y los signos del progreso, los impulsos del «negocio» que pudieran tergiversarla se neutralizan por «la sabia pereza solar» (*sábia preguiça solar*), ese elogio de la «civilización del ocio», verdadero *leit-motiv* de *A marcha das utopías*.

La displicencia de los habitantes del Brasil, el fracaso del intento holandés por establecer la «filosofía del negocio» a partir de la conquista de Pernambuco en el siglo XVII, el matriarcado ensalzado por la importancia de la práctica del sexo, todo conduce a que la interrogante del sociólogo francés Friedmann *Où va le Travail Humain?* sólo pueda tener una respuesta: al ocio.

La utopía como sueño y como protesta

Ninguna utopía, aún realizada, tolera la conformista aceptación de lo dado. Su vocación, más allá del sueño esperanzado que procura, es la protesta, la subversión del orden vigente. En este desacuerdo sustancial, en esta «resistencia» natural, en esta herejía inmanente, está la dinámica profunda que ha permitido a la utopía atravesar los siglos con modelos renovados de esperanza.

Si Oswald de Andrade recuerda los libros de Amós, Ezequiel y Jeremías de la *Biblia*, el cristianismo primitivo y el alcance de la Parusía evangélica, las rebeliones de Joaquín de Fiore, Thomas Münzer y los anuncios del Apocalipsis, de Daniel y de Esdras, no es para encerrar la marcha de las utopías en lo que pudieron ser las herejías del pasado, sino para reivindicar la condición del *homo utopicus*, al mismo título que el *homo faber* y el *homo sapiens*.

Es importante resaltar esta *función utópica* que, más allá de los modelos que se han sucedido en la historia de la humanidad, garantiza una permanencia de la utopía que Haroldo de Campos creyó cerrar en 1984 al hablar de un período «post-utópico» como corolario final del impulso de las vanguardias. Uncido únicamente al de las vanguardias, el período «post-utópico» podría tener razón de ser. Pero vinculado al destino de los hombres y de su historia —como ya había propuesto Oswald de Andrade en 1953— ¿puede realmente afirmarse que hemos entrado en la «post-utopía»?

Nosotros no lo creemos, aunque la «marcha de las utopías» parezca detenida y la «ruptura» y los modelos del porvenir ya no puedan formularse con la misma seguridad de hace unos años. Y no lo creemos, porque basta tener en cuenta el contexto histórico y social de América Latina en el que se inserta el Brasil, donde, más allá de las coincidencias con las vanguar-

días, la utopía sigue siendo «una señal de disconformidad y un preanuncio de revuelta», como recuerda Oswald de Andrade en la última línea de su obra.

Más que de *A marcha das Utopías*, tendríamos en realidad que hablar —como hemos propuesto desde el título de este trabajo— de *La marcha sin fin de las utopías en América Latina*, de la que sólo nos falta esperar su nuevo e inevitable signo.

Fernando Aínsa

